

NOTICIARIO

Noticias literarias de Francia

FEDERICO Lefèvre ha consagrado el prestigio de Andrés Maurois, que cuenta pocos años pero que es ya bastante poderoso y extenso. En efecto, ha escrito un libro acerca de Maurois que contiene todo lo que puede pedir el lector curioso para informarse sobre el autor de la «Vida de Shelley», dada a conocer al público de *Atenea* por Hernán Díaz Arrieta el año antepasado.

El libro de Lefèvre contiene primeramente una parte biográfica, que nos ofrece bastantes detalles sobre Maurois. Nacido en 1885, en Elbeuf, de una familia de industriales, hizo sus estudios en Ruán. En el liceo de esta ciudad tuvo buenos profesores que le hicieron entrar en las letras y en la filosofía a una edad en que muchos niños piensan sólo en jugar y pasar el tiempo. Chartier, admirador de Balzac y de Stendhal, fué uno de los más destacados maestros de Maurois y de él conserva éste un recuerdo gratísimo.

Terminados los estudios, abandonado a sus propias fuerzas por su familia, Andrés Maurois se dedicó a la industria. Durante diez años, en el pueblo natal, estuvo a cargo de una usina, lo que no le impidió conservar sus anhelos y ambiciones de escritor. En este tiempo hace su primer volumen, una colección de cuentos escritos entre los dieciseis y los veinte años. Cuando corregía las pruebas, Maurois siente que esa obra no merece ser impresa y hace distribuir la composición. Mucho tiempo ha pasado desde aquella pequeña aventura. Ahora el autor

conserva, además del recuerdo, diez pruebas de aquellas páginas de juventud.

Durante sus años de industrial Maurois leyó muchos libros, tanto de literatura como de filosofía. Buen lector, hace extractos, guarda citas y referencias y en breves notas explaya su propio pensamiento. Más tarde el escritor toma parte en la guerra, y en su cartera va anotando cuidadosamente lo que ve y oye en las trincheras. En 1918 Grasset publica el primer ensayo novelesco de Maurois, titulado «Los silencios del coronel Bramble», relato de la guerra junto a los ingleses.

1918 puede ser considerado como el comienzo de la carrera literaria de este escritor. Ocho años han pasado desde entonces y su lista de obras cuenta ya con otros tantos libros, de los cuales cada uno ha sido un éxito en su género. «Ariel o la vida de Shelley» es el más conocido, el más divulgado, el que atrajo hacia Maurois la atención de muchos miles de lectores de todo el mundo.

El libro de Lefèvre nos ofrece, después de las notas biográficas y bibliográficas aludidas, opiniones de Maurois acerca de numerosos puntos literarios, artísticos y críticos. En ellas el autor no teme decirnos claramente cuál es su apreciación de la obra de muchos escritores contemporáneos. Los hermanos Tharaud, Péguy, Bernanos, Daudet, Freud son los objetos de varias conversaciones entre Lefèvre y Maurois. Pero no es sólo eso. Maurois, hombre de pensamiento, no vale menos que Maurois novelista. Su explicación de las vicisitudes de los franceses en lo que va corrido del siglo tiene el mérito de un sistema moral e histórico, esbozado sólo pero no por eso menos valioso.

Tal es, en breve síntesis, el contenido del libro de Lefèvre, integral revelación de Andrés Maurois, novelista y ensayista en quien Francia cuenta con uno de sus más sólidos prestigios.

• • •

Marcelle Auclair, colaboradora de *Atenea*, ha contraído ma-

rimonio hace poco en Francia. Su marido es un escritor, Jean Prévost, que tiene ya una buena hoja de servicios en la literatura francesa.

Prévost es autor de un volumen de ensayos titulado «*Plaisirs des Sports*» y publicado por la *Nouvelle Revue Française* en 1925. Es un alarde de fuerza dueña de sí, bien dispuesta y conducida de manera reverente. Prévost ama los deportes por el factor de belleza y de bienestar que traen a la vida. Los ve desprovistos de brutalidad, llenos de armonía, dar al cuerpo la plenitud de su desarrollo y cierto refinamiento distinguido. Para él un cuerpo bien adiestrado es el mejor compañero de un espíritu culto al cual no fueran ajenos ni el placer de pensar ni la seducción de los sueños. Escrito, además, con mucha conciencia del lenguaje y con toda la precisión técnica que el tema exige, este libro ha sido considerado dentro de la «tradicción» francesa. Eso quiere decir que es claro, preciso, lleno de distinción y de elegancia. No es poco decir.

• • •

El sentimiento patriótico no decrece en Francia, sino que por lo contrario siempre algún motivo o pretexto sirve para reactivarlo. Los últimos periódicos literarios franceses nos traen anuncios detallados de una obra monumental titulada «*Anthologie des écrivains morts à la guerre*». No hemos exagerado al decir que esta obra es monumental. Sabemos, por ejemplo, que constará de cinco grandes volúmenes en los cuales se encontrarán trabajos de cuatrocientos sesenta escritores franceses muertos en la guerra, de veintiún hombres muertos después del armisticio, de cuarenta muertos por enfermedades contraídas en las trincheras, de trece escritores belgas muertos y de dieciocho escritores extranjeros, enrolados voluntariamente en las filas francesas. Total, quinientos sesenta y dos escritores...

No nos preocupemos de establecer por qué es tan alto este número. Bien sabemos ya que en Francia los escritores abundan y que sobre todo en los grupos juveniles que fueron los

que más certeramente diezmó la guerra, el número de aficionados a la literatura necesariamente tenía que ser grande. Digamos algo más sobre la obra misma. La publicación estará patrocinada por la Asociación de Escritores Combatientes y dirigida por Thierry Sandre. El tomo primero llevará introducciones de Henry de Jouvenel y León Berard, Ministros de Instrucción Pública y Bellas Artes, respectivamente. El tomo segundo, de Georges Lecomte, Presidente de la Sociedad de Escritores; el tercero, de Robert de Flers, Presidente de la Sociedad de Autores y Compositores dramáticos; el cuarto, de René Doumic, Secretario perpetuo de la Academia Francesa, y el quinto, de Gustave Geffroy, ex-Presidente de la Academia Goncourt. No puede negarse que la obra tiene un carácter netamente oficial, afirmado por los numerosos colaboradores vivos. Entre estos últimos no podemos menos de citar a Bourget, Carco, Le Cardonnel, Mauclair, Massis, Maspero, Reinach, Vaudoyer, etc.

Se augura un éxito clamoroso a esta Antología que volverá a presentar de cuerpo entero la magnitud de la catástrofe que la guerra significó para la inteligencia y la cultura francesa.

• • •

Una obra misteriosa ha comenzado a circular—en muy pocas manos, por cierto—en Francia y en algunos países europeos. Se titula «Les sept pechés capitaux» y contiene, como su nombre lo indica, siete capítulos dedicados a cada uno de los pecados capitales.

Jean Giraudoux escribe sobre el orgullo, el más inocente de los pecados. Sin embargo, él lo califica como el más grave de todos y acaso como el único pecado. Luego Paul Morand habla sobre la avaricia en pequeñas máximas que tienen el sabor de los viejos moralistas de la edad de oro. Posiblemente es este uno de los capítulos que más ha complacido a la crítica. De la envidia se ocupa Andrés Salmón; de la lujuria, Pierre Mac Orlan. Sobre la gula escribe Max Jacob, en forma anecdótica y animadísima. Joseph Kessel para escribir sobre la

pereza traslada al lector a Rusia, país en el cual, según él, tal pecado adquiere contornos especiales. Jacques de Lacretelle, en fin, escribe sobre la cólera un relato vivo que destaca fuertemente sobre el conjunto.

Tal es la obra misteriosa, que contiene ricas aguafuertes de Max Chagall, adaptadas vigorosamente al texto. Hemos dicho también que el libro ha circulado en pocas manos, por una razón muy simple: su alto precio. Dieciseis ejemplares en papel Japón y cuarenta y cuatro en Holanda se han editado a mil ochocientos y mil francos cada uno, respectivamente. La edición corriente consta de doscientos cuarenta ejemplares a trescientos francos cada uno. Nos parece esto razón de sobra para que «Les sept pechés capitaux» no se halle en nuestras librerías.

OMEGA.